

LEGITIMATIE



Naam :

“Yo también

Handtekening
van de houder/ster

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Miguel Ángel...', written over a horizontal line. The signature is stylized and somewhat cursive.

Di
He
be

personeelsnummer :
119958

afgegeven op: 11 augustus 1972

voor:

Arrebola Ortiz

emigré”

TEXTO *Paula Zubiaur* [Com Fil 11]
FOTOGRAFÍAS *Matt Kolff* [Hum 12]

Cada vez son más los españoles entre 16 y 64 años que hacen la maleta y se marchan al extranjero. Ya residen en otros países casi dos millones de emigrantes, la misma cantidad de aventureros que salieron desde España hacia Europa entre 1960 y 1967 en busca de trabajo. Aunque hay diferencias notables —ahora hablan idiomas, tienen carreras universitarias y son jóvenes de un mundo sin fronteras— la emigración actual comparte rasgos con la de mediados del siglo XX. Quizá el más destacado sea el lugar de destino: Argentina y Venezuela —donde se ubican 568.551 españoles— fueron las dos naciones preferidas a partir de 1947; Francia y Alemania —segundo y cuarto país de destino en la actualidad— se caracterizaron, con Suiza, por ser los países que más inmigrantes acogieron en los sesenta. Ellos, los abuelos españoles de más de 64 años, también emigraron. Y muchos volvieron a España.



“En Holanda decían que los españoles éramos los

EN UNA DE LAS PAREDES DEL SALÓN de **Emilio**, cerca del televisor, cuelga un cuadro con una vista aérea del pueblo en el que nació, Zueros, en Córdoba. “Es un pueblo muy bonito. En América no hay un solo americano que haya visitado ese pueblo de mi alma”, cuenta el hombre desde la butaca en la que hace unos años sufrió un infarto. De eso no le ha quedado ni rastro, pero de Córdoba arrastra recuerdos, una mujer, a dos de sus tres hijos y un acento cerrado que se come todas las eses. “Cuando llegaba la época de la remolacha, el pueblo se vaciaba de hombres. Sólo había niños, mujeres y abuelos. Ellos iban y venían”, dibuja su mujer desde el sofá de al lado. **Emilio Arrebola Ortiz** se casó con **Mari Carmen Fernández Romero** en 1970 en el pueblo de la pared, donde los dos nacieron. Once días después de la boda, **Emilio** se marchó a Francia para recolectar uva. Su mujer se quedó en casa

con 11.000 pesetas. Esa sería la última vez que iría a Francia para trabajar sus campos. “Nosotros levantamos la agricultura en Francia”, exclama con la mano derecha levantada y el índice apuntando al techo.

Para entonces, **Emilio** ya había viajado otras veces a trabajar al otro lado de los Pirineos. “Si no me gustaba, tenía que aguantarme. Ahí estaba para ganar dinero. Ganaba un poco más del doble de lo que hubiera ganado en España. Me pagaban en francos, lo cambiaba en la frontera y lo traía a casa”. Durante cuatro años, le dio la mayoría de ese dinero a su madre, viuda y con cuatro hijos más, que sólo cobraba una pensión de 30 pesetas.

La primera vez que **Emilio** viajó a Francia para trabajar tenía 24 años. “Fuimos en tren, en uno de aquellos vagones de madera. Lo cogía en el pueblo a las siete de la tarde. Te duele mucho todo el cuerpo después de ir sentado en esas tablas durante horas. En Irún nos dieron

un contrato y una medalla de metal que leía el intérprete cuando llegábamos a la estación de París. Él te llevaba al tren que tenías que coger para ir al lugar donde te tocaba trabajar. No hacía falta hablar francés. Aprendí cuatro palabras”, desvela. Cuando terminaba la cosecha, regresaba al pueblo, hasta que se marchaba de nuevo la siguiente temporada. A esas idas y venidas en busca de trabajo se les llamaba “emigraciones golondrina” por su carácter temporal. La mitad de los emigrantes españoles que salió a Europa a buscar trabajo en la década de los sesenta eran trabajadores de temporada, “lo que –según se documenta en el capítulo dos del libro *Estadísticas históricas de España*– señala la importancia de los retornos y el carácter temporal de esta oleada de emigración cuyos efectos en la economía española de los sesenta fueron muy importantes (en particular en la balanza de pagos y en la situación del mercado de trabajo)”.



EMILIO ARREBOLA

- **Nombre** Emilio Arrebola Ortiz.
- **Años** 73.
- **Origen** Zueros, Córdoba.
- **Emigró a** Francia (Marsella, París...), Alemania y Holanda.
- **Durante** desde 1964 hasta 1976.
- **Oficio** agricultura y fundición.



Emilio Arrebola con poco más de 20 años (izda), y en la actualidad, en su casa de Zaragoza.

Dos hermanos en la Gran Manzana

CUANDO **JAVIER** y su hermana **María** viajaron a Nueva York en los años cincuenta, ya no quedaban muchos españoles que emigraran a la Gran Manzana. Entonces era más frecuente buscar trabajo en Europa. “Nuestro padre se había ido de borrero con un tío a las montañas de San Francisco en 1916. Diez años más tarde volvió a España y se casó con mi madre. A ella no le gustaba aquello, pero mi padre le dijo que o iba con él o él se iba, así que fueron los dos. Allí nacieron cuatro hijos, en West Virginia. Más tarde volvieron a España porque si no venían para la guerra les declaraban prófugos. Volvieron, pero mi padre no fue a la guerra, se quedó en casa, en Aibar”, el pueblo navarro donde nació **Javier Otano**, el sexto y penúltimo de los hijos que emigró a los Estados Unidos en busca de trabajo. “Fuimos a América a buscar el garbanzo porque mi padre nos animaba. Quería que los hijos saliéramos adelante”.

“Fuimos allí con la intención de ahorrar para volver. Estuve a punto de comprar una casa en Estados Unidos y casi no dormía sólo de pensar que tenía que quedarme allí siempre”, expresa **María** desde la mesa de comedor que llena un lado de la cocina americana que tiene en casa. “Fuimos para trabajar. Y todo emigrante fue para trabajar”, admite **Javier**, sentado en una silla al lado de su hermana.

La segunda generación de los Otano emigró a Nueva York. Los hermanos –hasta cuatro– llegaron a la Gran Manzana en cuantogotas. **María** lo hizo acompañada de su esposo **Guillermo** y su hermana mayor. “Tenía 23 años. Fuimos muy contentos. Le decíamos a mi madre que volveríamos a los seis meses, pero tardamos cinco


mejores trabajadores del mundo”

Emilio trabajó en París, Marsella y otras regiones hasta que se hartó de la agricultura francesa. “Ahí se trabajaba de lunes a domingo, de domingo a lunes. No había tiempo para nada”.

También probó Alemania, pero como “el patrón era más malo que Caín –se colaba por las puertas traseras para vigilar si los capataces trabajaban–”, una vez casado se marchó a Holanda con otro hermano para trabajar en la segunda fundición más grande del mundo, conocida como Hoogovens. “Nos daban vacaciones dos veces al año. Viajábamos en avión de primera clase. En el primer Jumbo que inauguró Iberia –un 747 que la aerolínea bautizó con el nombre de Cervantes– y que llevaba 300 y pico pasajeros, viajaba yo. Madrid-Barcelona-Amsterdam. Cuando nos bajábamos en Madrid los periodistas nos hacían fotografías”, atestigua. Aunque la empresa hubiese pagado el traslado de su mujer a Holanda, **Emilio** se negó a que ella

también emigrara. “Si se iba allí la mujer, ya no ahorrabas un duro. Y no me gustaba educar a mis hijos allí, era muy liberal”, reconoce este hombre de bigote y camisa.

Emilio sólo guarda piropos para Holanda. “Vivía como en un hotel, me hacían la cama, lavaban la ropa, cocinaban, ponían la mesa... no tenías nada más que trabajar y dormir. La mejor fama la teníamos los españoles”, admite el fundidor. “Decían que éramos muy atentos, que trabajábamos bien. Decían que éramos los mejores trabajadores del mundo”.

Todos los meses, la empresa mandaba más de la mitad del salario a la familia “para que no se lo gastaran allí”, bromea la señora; quien recuerda que, al nacer su hija **Pilar**, la compañía le envió un ramo de tulipanes blancos y amarillos y una cesta llena de pañales, colonias y cremas. “Ahí me mimaban”, repite una y otra vez el andaluz de 73 años. “De Holanda no se me olvida nada mientras viva”. 



JAVIER Y MARÍA

- **Nombre** María Otano y Javier Otano.
- **Edad** María 80, Javier 73.
- **Origen** Proceden de Aibar (Navarra), aunque ella nació en los EE.UU.
- **Emigraron a** Nueva York a finales de la década de 1950. Permanecieron allí hasta la década de 1990.
- **Oficio** Javier en la construcción. María trabajó dos años en una fábrica. Al casarse, ella se dedicó a su familia. Su marido, Guillermo, trabajó 23 años en Casa Galicia de Nueva York.




años en venir a visitarles”. Ella trabajó en una fábrica de flores artificiales propiedad de un judío, pero lo dejó para atender a la familia. Su esposo, en cambio, fue cocinero en Casa Galicia durante 23 años.

A **Javier**, que había nacido en Aibar, lo reclamaron sus hermanos mayores, que tenían nacionalidad americana. “Fui un viernes y el lunes empecé a trabajar en Kennedy Airport construyendo las pistas para el *seven-forty-seven*”, relata refiriéndose al 747, el famoso avión de pasajeros. **Javier**, que ahora tiene 73 años y hace una década que volvió a España, emplea medidas y palabras anglosajonas. “En el aeropuerto tenía que utilizar una maza para clavar unos *pins* de 16 pulgadas. Al poco rato de cogerla tenía un dolor de espalda que no podía. Vino el encargado, que era vasco, y me dijo: ‘Navarrico, mañana tenemos funeral’. ‘Mis hermanas no me han dicho nada’, le contesté. ‘No, el tuyo’, me dijo, porque no sabía pegarle al clavo. Fíjate tú lo que había que hacer por sacar una peseta. Si querías dinero rápido, esa era la forma, aunque ese tipo de construcción me mataba”, reconoce. Por eso pronto pasó a trabajar en el mantenimiento de unos edificios.

Ninguno necesitó el inglés para trabajar en Manhattan. “Allí todo el mundo habla español. Hay más español que inglés en Nueva York. Cuando los hijos venían de la escuela se te quedaba alguna palabra, o al ver la tele, durante los partidos de béisbol: *strike 1, strike 2...* Y los partidos de hockey sobre hielo. Aprendí cuatro palabras, para defenderme”. **Javier** volvió a España 35 años después. El viaje, hasta que trasladó todas sus pertenencias, se extendió tres años. “Tuve que venir en 29 viajes. Mi hijo es piloto y me dejaban traer maletones con todo lo que quería”.

“La tierra tira mucho –reconoce ella-. Te gusta volver a lo tuyo, estar con la familia. Yo definiendo mucho aquel país, a mí que no me hablen mal”, advierte recordando que uno de sus dos hijos, el varón, vive en Estados Unidos.

Javier se hizo americano dos meses antes de volver a España. “En Queens había una avenida tremenda que tenía una media rotonda con cuatro o cinco bancos. Ahí los ‘viejicos’ se sentaban al sol. No es país para viejos”. 





María con menos de 20 años, y ahora, a sus 80.

“Hay que trabajar de lo que sea. Que hayas estudiado algo no significa que no puedas hacer otra cosa”

CUANDO MARÍA PÉREZ MORO volvió a España cerró el círculo que ella misma había abierto 52 años antes. “Estoy a gusto, no me puedo quejar. Pero el cambio fue terrible. Es que mi país es aquel, aquel es mi país. Lo que lloré cuando me fui de Venezuela no lo lloré cuando salí de España”, asegura ahora que ha regresado con su hija a la península donde nació. Por mucho que se considere “venezolana por los cuatro costados”, **Maruja**—como le llama todo el mundo— es madrileña. Aunque sea imposible adivinarlo.

“Yo soy así, soy tauro. Cuando digo eso, es eso. Un día me entró la locura y le dije a mi mamá que me quería ir a Venezuela. Por supuesto que ella no accedía, pero hablando, hablando y hablando, al final cedió. La verdad es que no fue fácil”. Su padre había muerto por una peritonitis tras pasar dos años en la cárcel—cuestiones de política—y ella era la única superviviente de cuatro hermanos. Al recordarlo, se le nubla el acento pero continúa con su historia.

“No voy a llorar—dice mientras rechaza unos pañuelos que le ha extendido algu-

MARÍA PÉREZ

- **Nombre** María Pérez Moro.
- **Edad** 80.
- **Origen** Madrid.
- **Emigró a** Venezuela.
- **Durante** desde 1952 hasta 2004.
- **Trabajó en** el servicio doméstico y la hostelería.



na nieta—, no tengo por qué llorar, porque Venezuela es un país que nos recibió muy bien. Fuimos a trabajar, no a vagar. El que emigra no llega a un país y encuentra los billetes debajo del piso—protesta refiriéndose a que el dinero no crece debajo de las piedras—; el que emigra tiene que ir dispuesto a hacer lo que sea, siempre y cuando sea digno”.

“No hay nada que me moleste más que oír a la gente decir que no tiene trabajo”, se queja mientras da un golpe en la mesa. “Entiendo que no encuentren trabajo de lo suyo. Hay que trabajar de lo que sea. Porque hayas estudiado algo no significa que no puedas hacer otra cosa. Nadie debe avergonzarse si tiene que barrer. Mientras doblas el lomo, duras en cualquier lugar”, promete a sus 79 años de experiencia.

Venezuela fue entre 1947 y 1962 el principal país de destino de los españoles, de los que una media anual de 44.000 emigraron al continente americano, según recoge **Roser Nicolau** en *Estadísticas históricas de España*. Hacia la capital de ese país partió, hace ya cincuenta años, **Maruja**.


Con 19 años, tres vestidos, dos pares de

zapatos heredados, otras dos botellas de Carlos I y un real venezolano (10 pesetas de entonces); salió hacia Caracas desde un barco que partía de Cádiz. “Era en las Navidades del año 52 al 53. Estuve ocho días en el barco, cargado de gente española y de italianos. Me puse enferma. El camarote era una porquería, sin ventilación, hacía un calor... Era un barco barato, barato”.

Cuando llegó a su destino, Caracas, gastó el real venezolano en enviar una carta a su madre. “Nunca había estado fuera de mi mamá. Hasta entonces le había ayudado a coser. Luego entregábamos los pedidos y no nos pagaban. Era un negocio redondo”, bromea lanzando una risa al aire.

Viviendo en España su madre nunca le dejó servir en ninguna casa, pero en Caracas cuidó a hijos de buenas familias. Una de ellas le prestó el dinero para que pudiera traer a su madre a Venezuela.

Juntas alquilaron un apartamento —“así le llaman allá a los pisos”— y lo convirtieron en una pensión. “Compramos camitas baratas y muebles para seis huéspedes. Dividimos el comedor con cartón piedra y una cortina bonita y pusimos una mesa grande. En medio de la pobreza nos gustaba vivir con clase”, enuncia mientras dibuja con los dedos el plano de la pensión dejando líneas huecas sobre el mantel de la mesa donde se temple el café. Recuerda la figura de su madre. “Trabajaba como una negra. Siempre digo que trabajando nadie se hace rico. De un jornal nadie se hace rico”.

Maruja trabajó diez años en el hotel Tamanaco, “el mejor hoy día en Venezuela”, primero como mesonera, luego en la caja. Ahí conoció a su marido, natural de Santander, aunque ya no viven juntos. Él se reparte el año entre el país americano y el peninsular, y ella vive en España con su hija y sus tres nietas. La vuelta de **Maruja** a España forma parte de una nueva etapa de emigración que se abre en el seno de su familia. La de ahora, emprendida por su hija, es el viaje que le ha traído de vuelta a su país poniendo punto final a sus 52 años de emigración en Venezuela. “Me hubiera quedado allí, pero mi madre ya había fallecido y mi hija no quería que me quedase sola. En cuanto llegué a España, me sentía como en casa”. 



Cándido junto a otros compañeros durante el viaje a Australia.

“En Guipúzcoa no ganaba

CÁNDIDO Y PILAR

- **Nombre:** Cándido Andueza y Pilar Latorre.
- **Procedencia:** Navarra y Teruel.
- **Años:** él 80 y ella 75.
- **Emigraron a:** Australia.
- **Durante:** él desde 1958 hasta 1965, y ella desde 1960 hasta 1965.
- **Trabajaron:** caña de azúcar y tala de árboles él y ella en servicio doméstico y en un hotel.

NOSOTROS SOMOS UNA PAREJA muy anormal de nuestro tiempo”, reconoce **Pilar Latorre**, sentada junto a su esposo en una de las mesas del bar que compraron en Pamplona hace casi 50 años. Ahora que ella tiene 75 y **Cándido** ha cumplido los ochenta, atiende la barra uno de sus seis hijos.

La pareja —ella nació en Teruel y él en Navarra— se encontró a comienzos de los sesenta. “Nos conocimos en el puerto de Melbourne (Australia) el día que llegaron mis hermanos. Venían en un barco italiano —todo eran compañías italianas por aquel entonces— y en el trayecto habían conocido a los primos de **Pilar**. Fui a recogerlos al puerto y ahí es donde nos co-



Cándido y Pilar en el bar que ahora regenta uno de sus seis hijos.

nada, ni para comer siquiera”

nocimos nosotros”, recuerda el marido.

Cándido Andueza conserva fotografías de su viaje de 1958 a Australia. “Un domingo como hoy, estaba en casa con unos amigos y uno me enseñó en un periódico de San Sebastián un anuncio donde se buscaban a emigrantes para ir a Australia”, explica el navarro, posando de pie tras la barandilla de la embarcación en una imagen del trayecto. El viaje duró 40 días y el transatlántico atravesó Grecia, el canal de Suez, la India, Singapur y todo el norte de Australia hasta Melbourne. **Cándido** no era el único español. Junto a él iban más de 150 compatriotas y su hermano mayor.



“Nos habíamos encontrado durante el reconocimiento médico. Fue casualidad. No sabíamos que los dos queríamos ir a Australia”.

Cuando llegaron a Oceanía se pusieron a trabajar en la caña de azúcar. Como el corte de caña “te deja como un carbonero”, todos los días, antes de comer y por la noche, se bañaban en un gran río que había a 50 metros de su casa. Un día, tres jóvenes se les acercaron corriendo y gritando en inglés.

“Aunque no les entendíamos, se hicieron entender. ‘¡Por favor, no se ocurra meteros en el río! ¡Hay cocodrilos de seis metros!’, nos dijeron”. Así que de-

jaron los baños y el corte de azúcar por la tala de árboles. “Entre cinco hombres no los rodeábamos. Usábamos motosierras, que aquí no había”, relata el menor de los hermanos.


Ese tipo de trabajos se reservaban para los inmigrantes. “Allí se trabajaba a destajo, nada de jornal. Se cobraba por metros. Había veces que trabajabas 10 horas, otras doce y algunas durante todo el día. El trabajo era duro, pero vivíamos bien. Allí se ganaba dinero, pero si vivías normal ya no podías ahorrar. El que vivía en la ciudad y trabajaba en un hotel o en una casa y luego se iba por ahí, ya no podía guardar”.

Cándido se levanta varias veces de la mesa. Recoge la taza vacía y la lleva a la

barra del bar. “En Guipúzcoa no ganaba nada, ni para comer siquiera. Tenía que trabajar ocho horas y luego meter horas extra para pagar la pensión y tomarme una cerveza. Estaba un poco amargado de tanto trabajar y no ganar dinero, así que me marché allá como me pude haber ido a otro lugar” confiesa ahora que tiene el pelo todavía frondoso y blanco. “En la flor de la juventud y no ganar nada...eso sí que era crisis. No creo que ahora haya un joven de 24 años que con trabajo no gane para comer. Y a mí me pasaba –protesta el octogenario–; y, como a mí, a muchos. Eso sí que era crisis”.

Pilar ni se levanta de la mesa ni se ha quitado el abrigo. Lleva unos pendientes grandes y pintalabios. Emigró a Australia con 22 años. “Decidí irme porque quería abrir mi panorama de vista, no estar siempre en una zona rural donde no haces nada. Quería ir a otros sitios, conocer otras cosas. No me fui por trabajo”, aunque en Australia trabajó. Primero en el servicio doméstico y después en la casa de campo de los dueños del Mario’s, “uno de los mejores hoteles de Melbourne”, donde acabó confeccionando los trajes de las bailarinas del cabaret.

Cándido regresó a su país cuando ya se habían reunido en Australia cuatro de sus cinco hermanos varones. “Decidí volver porque mis hermanos y yo empezábamos a comprar camiones, maquinaria... y me dije: ‘Si me quedo aquí y me meto a fondo, ya no vuelvo’. Me gustaba aquello, pero me gusta esto más. España tiene la familia y una forma de vivir mejor. Allí cada uno hace su vida, la familia no importa”.

Así que, en 1965, **Cándido** y **Pilar** viajaron juntos de regreso a su tierra. Volvieron solteros pero con la intención de casarse, algo que cumplieron el 1 de mayo de ese año. Celebraron su boda en El Pilar de Zaragoza. Cinco meses más tarde, en octubre, compraron un bar en la calle Felipe Gorriti de Pamplona. Ahora se dedican a viajar en cuanto pueden escaparse. “Esto es vivir, y no aquello, aunque entonces tuviera 22 años”. 



Pedro con 17 años, edad a la que emigró a Suiza.

“Nunca pensé quedarme a pensábamos el 80% de los

PEDRO CAMPO

- **Nombre** Pedro Campo.
- **Edad** 66 años.
- **Origen** Cantalpino, Salamanca.
- **Emigró a** Suiza.
- **En** 1964.
- **Hasta** 1974.
- **Oficio** relojero y construcción.



ME FUI EN NOVIEMBRE. SÉ QUE hacía malo. Del viaje me acuerdo muy bien”. **Pedro Campo** dejó España a los 17 años. Hasta entonces había trabajado con sus hermanos en un taller de mimbre en Cantalpino, Salamanca. “Salí de mi pueblo acompañado por mi padre. Me dio 100 pesetas. Luego me fui solo en el tren hasta Medina del Campo, pasé por Madrid y llegué a Hendaya. Llevaba una maletita y un bolso. Tuve que hacer todo el viaje en el pasillo. Tardé dos noches y un día en llegar a Ginebra. Allí, los gendarmes, que chapurreaban español, me registraron la maleta y me pillaron una botella de coñac. Pasé con el pasaporte por una ventanilla. Me dijeron: ‘Si quieres recuperar la botella, tienes que pagar 100 pesetas’. Y la recuperé”, relata con una sonrisa mientras su mujer, con quien se casó a los 42 años, prepara café en la cocina. “Decidí irme porque las cosas no estaban muy bien. Se fue mucha gente del pueblo a Sui-



Pedro en la cocina de su casa.

vivir en Suiza. Creo que eso lo españoles que estábamos ahí”

za. Teníamos que salir, aquí no había nada. Mi hermano, que se marchó antes que yo, me dijo que había trabajo. Le pedí que me enviara un contrato porque estaba decidido a marcharme. Y me fui”. De sus nueve hermanos, todos, menos las dos mujeres, emigraron a Suiza.

De eso hace ya cincuenta años. En casa de **Pedro** no hay nada que recuerde sus años en Suiza. Quizá un pequeño zueco de madera que ni siquiera compró él. El recuerdo de algún sobrino viajero. En tiempos, trajo consigo dos relojes de pulsera que fabricaban en un pueblo de Ginebra donde trabajó como pulidor. “Hacíamos la caja y el fondo. Trabajábamos jornada partida, algo más de nueve horas, de lunes a viernes. Después de trabajar, te dabas un paseo y a casa. Tenías que hacerte todo: la compra, la casa, la comida...”.

Hacia finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, se produjo un cambio radical en la migración exterior española. Europa cobró protagonismo

frente a América. La página 94 del libro *Estadísticas históricas de España* cifra en 1.900.000 el número de españoles que salieron hacia países como Francia, Alemania o Suiza.

A ese último se mudó **Pedro** con la intención de ahorrar, “que es distinto de irse a hacer dinero”, aclara. “Ganaba más del doble que en España. En mi pueblo no sabía qué era un salario. En mi casa se ganaban cuatro perras a fuerza de echar un montón de horas. Y el que no tenía un oficio en casa, cuando venía la recolección de remolacha, patatas, cereales... tenía que trabajar en eso. Me acuerdo que cuando se ahorraban 100.000 pesetas en aquellos tiempos se le llamaba el montón. Cien mil pesetas era dinero...”.

Pedro dejó la fábrica de relojes por la construcción. “En la construcción se ganaba algo más, pero me metí en ella porque, además, podías venir a España los dos o tres meses más fríos, ya que las obras se paraban”.

La ventana que ocupa una de las paredes de la cocina se refleja en sus gafas. **Pedro** habla distraído, mirando la nada que hay fuera. Y recuerda cómo, en los meses más fríos de invierno, antes de echar el hormigón tenían que retirar la nieve y secar la superficie con un soplete. “Cuando volví a España trabajé de albañil. La construcción en Suiza era muy dura. Mucho más dura que aquí. Lo digo por experiencia”.

En los años setenta la situación en España mejoró. “En 1974 –se lee en la página siguiente del mismo libro–, con el inicio de la crisis económica internacional, la emigración española quedó muy pronto restringida a los cerca de 100.000 trabajadores que se dirigían anualmente, en su gran mayoría a Francia, con ocasión de las campañas agrícolas”. Ese mismo año, cuando tenía 27, **Pedro** regresó a su país y se compró una casa en San Sebastián. “Traje de Suiza 100 ó 150 francos. Por entonces un franco equivaldría a 15 pesetas. Pero me vine con un piso”.

“Nunca pensé quedarme a vivir en Suiza. Creo que eso lo pensábamos el 80% de los españoles que estábamos ahí. Aquello no era lo mío porque las costumbres son muy distintas. A veces las añoro un poco porque en España hay algo de desmadre”. 